



*Ser luz en su  
oscuridad*

Ella sabía que llegaría aquella necesaria conversación, que venían postergando. Se cumplían todas las profecías. Miedo, angustia, rencor, tristeza. Por los años pasados y por los daños causados.

Hace 20 años, en un nuevo país y dispuesta a una vida diferente, lejos del estrés de una sociedad caótica. Comenzando a disfrutar de una nueva realidad, su nueva vida. Ya no más miedos, ya no más enfermedades, ya no más escondites.

Y llega el amor. Un amor, que pareciera comenzar por el final. El primer encuentro y una discusión. Un reencuentro, y todo comienza. Aventuras y experiencias que hacían pensar, por donde lo miraras, de que finalmente la vida se enderezaba. Ahora sí, llegaba esa felicidad tan deseada, tan idealizada. Charlas telefónicas interminables, profundas y llenas de coincidencias y aciertos, que acercaban en la distancia. Emails diarios, viajes de fin de semana.

Y entonces, ella deja lo poco que había logrado en aquella ciudad, y asume como en un acto de amor y confianza, la vida de él. Comienza a vivir su entorno, su pueblo, sus costumbres. Resultaba todo tan ideal, que aferrarse a sus pertenencias culturales y personales, no parecía tener sentido. Hasta tal punto, que sin saberlo, ella renunció a sí misma. Pero nada presagiaba que eso se convertiría en un gran error.

Esa sensación de que estaban destinados y de que se encontraban para contenerse y completarse, era un halo permanente que le mantenía en el cuento de una vida plena y merecida. Una familia que la acoge, la abriga y la embriaga de tradiciones y costumbres, a las que le insta a responder en pos del sentido de pertenencia. Y en su soledad y desarraigo, aquello prometía ser el camino ideal. Y se lanza. Y suelta todo, hasta su acento.

Pertenecer, el deseo inevitable de todo inmigrante. El desarraigo duele, y pertenecer alivia. A cualquier precio, sí. Es tan profunda la necesidad de sentirse como en casa, y tan incomodo no encajar, que uno es capaz de arrancarse hasta la piel para ser mirado con afecto, con respeto.

Pero aun así, no tardaron en llegar los desprecios, las críticas constantes camufladas de opiniones. Los *<aquí se hace de tal manera>*, los *<hay que adaptarse a donde uno llega>*. Y queriendo encajar, de a poco fue soltando sus creencias, sus ideas, sus deseos. Se abrazó a lo que le exigían, creyó en lo que le decían, no había con qué comparar, asumió verdades ajenas, aunque le apretaran ... aunque le escocieran.

Pasaban los años y la unión se afianzaba. Formalizada la relación, comienza una nueva familia. Con el primer embarazo, llega la baja laboral. Esto implica un cambio radical para ella, que no se identifica con el papel de ama de casa. Necesita su independencia personal y económica, y esto amenazaba su necesidad. Pero llegan a un acuerdo, y para no sentir la situación como una

contrariedad, ella comienza a estudiar. Se lanza a una carrera universitaria. La que alguna vez soltó por enfermedad. Y una nueva luz, parece prometer de que en este camino encontraría alivio a su temor de depender.

Entonces, era la casa, el embarazo y los estudios. Estudios que sostenían la esperanza de que volvería a su libertad. Pero la sensación de dependencia económica enraizada en ella comenzaba a germinar cierto miedo sin sentido, al menos de momento. Su estado emocional por el embarazo, sacaban de ella esas actitudes hormonales características de tal evento, pero no estaba rodeada por quienes supieran comprenderlo y contenerla. Y entonces, llega el primer momento de tensión, donde ella descubre una pareja que ya no conoce. Y aunque en otra ocasión ella habría pegado un portazo y se habría ido sin pensarlo, ahora existe una razón de peso suficiente para no abandonar. Un hijo.

Esta nueva situación ralentizaba sus estudios, y comenzaron los síntomas. Mareos, ataques de pánico, malestar físico. Ansiedad, otra vez la bendita ansiedad. Ella deseaba y amaba ser madre. Siempre lo deseo. No se concebía sin ser madre. Pero empezaba a sentirse cansada, sobrepasada y sola.

Y comienzan nuevamente sus renunciaciones, un año sin estudios, dedicada plenamente a la maternidad y a la casa. Ahora, a dos hijos. Respondiendo a los mandatos familiares ajenos a los que se había abrazado con tanta esperanza de pertenencia, y que ahora le pesaban. Si no trabajas, te responsabilizas de la casa y los niños.

Esporádicamente, se presentaban situaciones de tensión justificadas con un nuevo reproche disfrazado de opinión *<ella tiene mucho carácter>*. Nadie podía ver, ni siquiera ella, de que estaba cansada, triste, vacía y se sentía más sola que nunca. Pero su responsabilidad como madre la sostenía en una nueva meta, terminar la carrera y recuperar su libertad económica. Sin saber que el camino que le esperaba sería una inmensa y excitante montaña rusa de situaciones. Ella se aferraba entonces a lo único que le despertaba el amor, sus hijos. Siempre fueron y serán su motor y guía para seguir.

Y se intercalan tiempos hermosos, con tiempos tormentosos. Pero para ella, era el camino que había elegido, y tiraba...y solo le sostenía su meta.

Meta alcanzada y llena de alegría. Una gran alegría que renueva las fuerzas y le abre una puerta. Poder decidir, dejar de pedir permiso y sentirse en una eterna deuda, con un compañero que hace rato ya no lo era. O si, eso no lo decide ella tampoco.

Entonces por fin ella trabaja, comienza de a poco, con humildad y respeto a un mundo profesional con el que siempre había soñado. Ayudar a los demás, a encontrar su bienestar. Que ironía.

Inicialmente, los ingresos aunque constantes, no son suficientes para decidir. Aquel fundamento de que <si no trabajas, atiendes la casa y los niños> retumbaba en su cabeza una y otra vez, preguntándose si ahora que trabajaba podría reclamar una corresponsabilidad con la casa y los niños.

Las emociones iniciales, parecían prometer de que así sería. Ella cada vez dedicaba más horas al trabajo, y la casa y los niños comenzaban a perder ese espacio de dedicación casi en exclusividad. Extraescolares, y malabares constantes con tal de no soltar el hilo de fuerza que le mantenía aferrada a esa posible libertad económica que buscaba, para poder decidir, para poder vivir.

Comienza a dibujar una carrera profesional que promete crecer de manera constante, solo necesitaba más tiempo. Pero las razones pasadas que ya no tenían fundamento, comenzaron a convertirse en reproches y tensiones. Le costaba entender qué era necesario para que, habiendo cumplido con todo lo pactado, pudiera permitirse soltar un poco el rol de ama de casa y madre para ser una mujer profesional.

Los hijos crecían, y ella también.

Y esos nuevos aires del mundo de los adultos, comienzan a mostrarle otras realidades. Las nuevas experiencias le quitan el velo de aquellas costumbres y verdades absolutas a las que se había aferrado para pertenecer, y que ya no eran suficientes para conformarse. Necesitaba decidir, elegir, pedir. Y comienza a hacerlo. Pero en lugar de conciliación e igualdad, encuentra excusas. Una tras otra, justificando constantemente que era ella quien debía gestionar la casa y los hijos, aunque trabajara porque tampoco ingresaba lo suficiente como para compararse. Ahora, se sentía encerrada en una gran injusticia, esto no era lo pactado. Ella cumplió su parte, pero aquella promesa de equilibrio nunca llegaría.

A medida que soltaba dependencias emocionales, se rompía por dentro. Se descubría enojada, resentida, agobiada. El cansancio era emocional, y crecía de forma exponencial. Se le hacía tan difícil seguir sosteniendo esa realidad, que soñaba cada día con su fortaleza. Esa que necesitaba para romper con todo aquello, y que se escondía tras un inmenso miedo. Miedo a no saber cómo, miedo a no poder, miedo a equivocarse, miedo a romper con todo lo que le había sostenido durante tantos años. De solo pensarlo, le inundaba el pavor, el vértigo, la impotencia. Pero no se trataba sólo de ella, no sentía el derecho de lastimar a nadie. Y entonces, aceptaba y seguía.

Y así, sosteniendo todo aquello que ya no podía ocultarse a sí misma y con su miedo y su impotencia, seguía tirando, porque no se veía capaz, no se atrevía.

Pero la vida es quien manda, y acaba poniendo todo en su lugar. Ese día llegó, una conversación, fuera máscaras y aceptar que todo debía ser tal cual como fue. Se acabó.

Y en ese mismo instante, se encontró cara a cara con la realidad y todo lo que venía sosteniendo parada en su miedo. Y diciéndose a sí misma que sabía que esto iba a llegar, que lo había deseado que lo estaba esperando, que era lo mejor, que ahora tocaba ser fuerte. Si, más de lo que había sido hasta ahora.

Pero la realidad es que se encuentra con un gran vacío, los hijos comienzan a ser más independientes, permitiéndole descubrir que ahora donde ella esperaba encontrar tiempo, encuentra un gran vacío. Nunca se había dedicado a crearse su propia vida social, y esto le empujó a enfrentarse a una gran oscuridad.

Una oscuridad, que le obligó a encender su propia luz.